



**LA
FANTASÍA
DEL PODER:
MUJERES,
IMPERIOS Y
CIVILIZACIÓN,
DE
RODRIGO
QUESADA**

Grace Prada Ortiz

.....

La solicitud que me hiciera mi estimado compañero Mario Oliva, para que el libro escrito por el colega y común amigo Rodrigo Quesada se presentara con la colaboración del Programa de Maestría Regional en Estudios de la Mujer, me pareció una excelente oportunidad para compartir una experiencia académi-

ca con colegas historiadores y literarios de nuestra universidad, por lo que gustosa y sobre todo con gran afecto acogí la idea, para reunirnos en esta interesante tertulia que hoy nos ocupa. Pero además, la lectura de esta producción de pensamiento desde la masculinidad me hace sentirme profundamente agradecida y privilegiada al compartir una lectura escrita con la pluma y los lentes del género.

En el capítulo sobre *Las mujeres prerrafaelistas*, Rodrigo Quesada nos dice que sus reflexiones buscan provocar y efectivamente provocó. En mí, particularmente, una gran satisfacción por darme cuenta de que en este país y esta universidad contamos con hombres interesados en historiar a las mujeres.

Es precisamente con la historia como ciencia que deseo iniciar una breve reflexión sobre dos aspectos teórico-metodológicos presentes en el libro del autor y que son el meollo del asunto.

El primer punto de mi interés es la historia como ciencia. Para nadie es nuevo que la historia es uno de los campos del conocimiento donde la misoginia ha echado las más profundas y retorcidas raíces que se extienden hasta los nuevos tiempos del milenio y globalización.

Esa ciencia, que nos da la posibilidad de conocer el pasado para comprender el futuro y que es la pasión de muchos y muchas que aquí estamos y que también nos permite trabajar y dar sustento a nuestras familias, es una ciencia a "medio palo".

Pero como nada es para siempre y la misoginia también se pue-

de exiliar de la historia, los aportes de la teoría feminista y los escritos género-sensitivos de hombres como Rodrigo Quesada, nos llenan de optimismo y dan la certeza de que la ruptura con la historia androcéntrica está iniciada y que nos encontramos con nuevas visiones de hacer historia, que serán una realidad en la medida en que mujeres y hombres podamos construir relaciones de "equipotencialidad", como soñó nuestra diva de las letras de los años cuarenta Yolanda Oreamuno.

La historia es un campo fértil para retomar "la canción olvidada", como dice Yadira Calvo, y escuchar las voces y silencios de las mujeres. Pero para lograr ese cambio cualitativo y construir esa nueva forma de hacer historia, debemos, primero que nada, dejar a un lado la miseria humana con todo y su mezquindad, y aprender a leer-nos entre nosotros de manera crítica y constructiva y respetar el trabajo intelectual de mujeres y hombres como Rodrigo Quesada. Con esta nueva manera de asumir la historia y la vida, estaríamos siendo consecuentes con el principio de solidaridad tan caro en el pensamiento de Emma Goldman.

El segundo asunto de interés es el del poder y las mujeres. El poder es a la teoría feminista como la plusvalía a la teoría del valor de Marx, escriben algunas teóricas feministas. Es la carencia de poder y sus relaciones lo que ha hecho de las mujeres sombras "invisibles".

No es este el momento para debatir sobre el concepto de poder, ya Foucault nos ha dado bastante sobre qué discutir y también las teóricas feministas lo han increpado lo suficiente. Sin embargo, es perti-

nente retomar algo de lo que estas teóricas discuten sobre el poder. Una de las primeras en esta reflexión es Julieta Kirkwood, quien en 1985 escribió:

...el poder no es, el poder se ejerce. Y se ejerce en actos, en verbo, no es una esencia. Nadie puede tomar el poder y guardarlo en una cajita fuerte. Conservar el poder no es tenerlo a cubierto, ni preservarlo de elementos extraños. Es ejercerlo continuamente: actos repetidos o simultáneos de hacer y de "hacer que otros hagan" o piensen. Tomarse el poder es tomarse la acción-la idea y el acto.

Es sobre el ejercicio del poder de las mujeres y la carencia de poder de estas que reflexiona Rodrigo Quesada.

Su libro nos plantea la posibilidad de erradicar las dicotomías de lo masculino y lo femenino. Las mujeres podremos reconciliarnos con nuestro lado masculino y los hombres con su lado femenino. Esto inevitablemente acabaría con el patriarcado y las instituciones de poder que lo sostienen.

Luego de esta breve reflexión, presento mi lectura sobre este precioso texto que nos da a todas y todos Rodrigo Quesada.

En los siete capítulos finalmente hilados y exquisitamente documentados por el autor, tenemos una colección de ensayos que sobre todo pretende visibilizar a las mujeres olvidadas. Son mujeres transgresoras y de ruptura que desarrollaron impresionantes estrategias para sobrevivir al ejercicio del

poder. Algunas no lograron sobrevivir, este es el precio que muchas mujeres han tenido que pagar por intentar acceder al poder. Olimpia de Gauges, guillotizada en 1793 por los padres de la Revolución Francesa, es el mejor de los ejemplos de lo que sucede a las mujeres por osar acceder al poder masculino. La muerte, el cautiverio del manicomio o el convento son los únicos espacios que el poder masculino ha garantizado a las infractoras de todos los tiempos. Algunas optaron por la reclusión conventual para tener acceso al conocimiento, es este el caso de Sor Juana Inés de la Cruz.

Con la magia de sus relatos, Rodrigo Quesada nos transporta a las tierras de la fértil media luna y a Egipto para reencontrarnos con nuestras antepasadas del Medio Oriente. Enheduanna (2280-2000 a. C.), la suprema sacerdotisa de la luna, es considerada la madre de la literatura y sin temor a especular podemos decir que con ella se inicia la feminización de la palabra en esa región. Escribió poesía, himnos y cánticos religiosos y lo más innovador y atrevido fue que escribió con nombre propio sobre temas tan vigentes como la belleza y el envejecimiento.

Aun cuando mujeres como Enheduanna han dedicado sus vidas a escribir en los bordes y la periferia del conocimiento, Rodrigo Quesada reconoce su producción intelectual pese a las condiciones de adversidad en que desarrolló su intelecto.

Como la mayoría de las mujeres dedicadas a la creación, es posible que Enheduanna no contara con las tres condiciones básicas para la creación que tanto reclamó

Virginia Wolf, cuarto propio, tiempo libre y dinero. Tal vez por su condición de mujer imperial, fuera mucho más afortunada que nosotras las del nuevo milenio que escribimos entre el sartén y las letras. Con el aporte de Enheduanna despega el autor el recorrido genealógico para reconocer el aporte de las mujeres en la construcción de la identidad cultural de los pueblos.

Hashepsut (1479-1457 a. C.), hija de Egipto, representa la imposibilidad de las mujeres de acceder al poder sin tropiezos ni conspiraciones. La mujer que fue rey, con tan sugestivo calificativo, Rodrigo Quesada nos la revela como a una mujer que se viste de hombre con todo y sus barbas, como una de las estrategias profusamente utilizadas por las mujeres a través de la historia para acceder a los espacios del poder. Conocida por impulsar la arquitectura egipcia y por sus "amores furtivos", como diría el escritor nacional Alfonso Chase, su aporte a la construcción de la cultura egipcia es poco visible en la historia universal. Hashepsut fue una transgresora y el patriarcado no perdona ni da tregua a las transgresoras, y menos a una que se atrevió a disfrutar de su sexualidad y erotismo.

Nefertiti (1362-1345 a. C.), la bella de la historia, a ella debe el pueblo egipcio la revolución religiosa y el paso hacia el monoteísmo. Apoyada en la institución patriarcal de la familia, logró junto a su marido hacer cambios importantes en las costumbres y tradiciones religiosas del pueblo egipcio.

Cleopatra (69-30 a. C.), la férrea figura política que ha sido obnubilada y desdibujada por quienes han querido hacer de su vida un

ícono rentable. Con la falsa imagen de Cleopatra construida por el celuloide estamos frente a la distorsión del poder femenino. Rodrigo Quesada, con la claridad de su escritura, reivindica a Cleopatra, la mujer que dominó las artes diplomáticas, a la estrategia política y a la concedora de las necesidades de su pueblo. Cleopatra conocía de primera mano las necesidades del pueblo egipcio mucho más que algunos gobernantes masculinos de la actualidad.

El poder y la perdición de Cleopatra radicó en ser una mujer de espíritu libre y en su desafío a la autoridad patriarcal. Era intolerable que una mujer tuviese poder político, pero aún más intolerable era que las mujeres administraran su sexualidad con absoluta libertad. La historia de Cleopatra y Marco Antonio es la historia del eterno pulso entre la cultura occidental y la oriental. La muerte de Cleopatra significa el triunfo de Roma sobre el pueblo egipcio.

Cuatro son las mujeres de los imperios teocráticos que rescata el historiador Rodrigo Quesada. Son mujeres con poder y que tomaron decisiones en contra del orden patriarcal establecido. Ciertamente son mujeres excepcionales pero no exclusivas; son forjadoras de cultura, de pensamiento y hacedoras de la historia. Queda aún pendiente la tarea de historiar a las mujeres de la vida cotidiana.

De Oriente nos traslada el autor a las sórdidas intrigas de los palacios imperiales de la Gran Bretaña y a conocer a las mujeres y sus aportes a la construcción de la historia desde las mujeres mismas.

El dominio y erudición del autor sobre la historia del Imperio inglés nos lleva a conocer los intrín-gulis y la vida de una mujer con poder, Isabel I, la mujer que supo ser reina.

Rodrigo Quesada destaca un aspecto que merece la atención y es la posición de transgresora de Isabel I al negarse de por vida al matrimonio. De esta manera ella retó el poder patriarcal y no compartió su corona con consorte alguno.

Isabel I tomó decisiones y se dedicó a construir su mayor empresa, la consolidación de la Inglaterra imperial. Para ello inclusive transó con mercaderes negros de la cartografía que le daban información sobre las nuevas rutas geográficas para la expansión del Imperio.

La América Española ha dado a una de las letradas más importantes de nuestra historia, Sor Juana Inés de la Cruz. Con ella queda más que demostrado que desde el siglo XVII las mujeres de Nuestramérica incursionaron en las letras y obtuvieron uno de los derechos más importantes, el derecho al saber y al conocimiento, a lo que ella dedicó su vida y obra.

Rodrigo Quesada retoma el estudio de Octavio Paz sobre Sor Juana y escribe un interesante ensayo sobre la primera mujer de letras de la América Española. Destaca la importancia del “contrabando intelectual” en la formación intelectual de Sor Juana. Con Sor Juana Inés de la Cruz, se inicia el despegue del pensamiento desde las mujeres en Nuestramérica.

En nuestro recorrido por la genealogía de las mujeres, Rodrigo

Quesada nos retrocede y esta vez nos traslada nuevamente a Inglaterra, para conocer el ejercicio del poder de la Reina Victoria, y nos da una excelente y documentada caracterización sobre la llamada era victoriana.

Si con la Reina Isabel I las mujeres estaban “fregadas”, en la era victoriana se terminaron de “amolar”. La rigidez de las normas sociales recluía a las mujeres cada vez más en el mundo privado y en las tareas de la reproducción de la especie.

Aunque distantes en tiempos y espacios, los patriarcas de la era victoriana y Molière tuvieron puntos de conciencia, pero no es de extrañar que los patriarcas encuentren puntos de convergencia y tengan gran capacidad para establecer los “pactos patriarcales”, como los llama Celia Amorós. Para unos y otros las mujeres debían recluirse en las cocinas y quedarse tiznadas debajo de las ollas.

Rodrigo Quesada destaca la importancia que la historiadora Heather Palmer da a la epístola como forma de comunicación de las mujeres. Ciertamente la epístola al igual que la poesía y el ensayo han sido instrumentos literarios profusamente utilizados por las mujeres para expresar sus sentimientos y visiones de mundo.

Aun cuando la era victoriana impone normas a las mujeres, es la propia reina Victoria la primera en adoptar una posición nada ortodoxa respecto al matrimonio, el embarazo y la maternidad. La Reina Victoria se muestra humanamente mujer, se queja de la maternidad y de sus nueve embarazos que le tocó cargar.

El minucioso trabajo historiográfico que comparte con nosotros el autor revela a una Reina Victoria nada victoriana, nos presenta a una mujer molesta y disgustada por la imposición de la maternidad y la lactancia. A una mujer nada conforme con su condición de madre que ve feos a sus críos y se siente como una coneja paridora.

En el discurso de la Reina Victoria existe un claro rompimiento con el mito de la maternidad, que por cierto nada tiene de onírico. Ella no comparte el ideal de la maternidad promovido por la sociedad patriarcal que necesita vender a las mujeres la idea de la reproducción de la especie como su realización. Muy avanzada la Reina Victoria, aún cuando a ella misma le tocó parir nueve “ranas feas”.

Del otro lado de la arena, Rodrigo Quesada nos presenta a las mujeres trabajadoras de Londres. Si a las mujeres de la monarquía y la clase media les pesaba la maternidad, para las mujeres trabajadoras y pobres la situación era aún más difícil. A la pertenencia de clase se le sumaba el ser mujer; así, ser mujer y ser pobre era doble subordinación para las mujeres. La reflexión que al respecto hace el autor es sumamente interesante, porque las mujeres estaban doblemente expuestas, primero a los “tiranos externos” de las fábricas y luego a los “tiranos domésticos”, sus maridos, hermanos, padres e hijos. Trabajaban en las minas y luego en las tareas domésticas, he aquí la carga de la doble jornada, tan conocida para las mujeres de los tiempos de globalización.

Cuando leo la historia de las mujeres mineras de Londres que

recoge el autor, pareciera que el tiempo avanza lentamente y que las conquistas que hemos alcanzado las mujeres son apenas migajas del poder patriarcal.

Entonces respiro profundo sin desfallecer y pienso que en la tarea en que tantas mujeres estamos empeñadas, estamos acompañadas por hombres solidarios y rigurosos investigadores de la talla de Rodrigo Quesada, y que junto a él y otros tantos como él podremos construir “un mundo menos feo”, como bien decía Paulo Freire.

Otro dato relevante que recoge este historiador, tanto en la era victoriana como en las mujeres prerrafaelistas, es la importancia de “la literatura como auténtico instrumento de las expresiones ideológicas de una cultura”. La incursión de las mujeres en la literatura es de carácter ancestral como lo vemos con Enheduanna en la Mesopotamia y con Murasaki Shikibu, dama de la corte japonesa medieval, quien escribió la primera novela de la historia, *El romance de Genji*, en los comienzos del año 1.000 de nuestra era, como bien nos ilustra nuestra escritora Dorelia Barahona en una reciente publicación.

La literatura es el ámbito del conocimiento más flexible y reflexivo y el que más espacio ha dado a las mujeres. Ya fuera como musas o como creadoras, las mujeres siempre han estado gravitando en el quehacer de la literatura.

Vale la pena retomar aquí la participación de las mujeres en el Círculo de Rosetti que nos facilita el autor. Sin entrar a analizar sus postulados estéticos, obviamente lo más importante, es necesario plan-

tear que estos círculos literarios eran prácticamente hermandades masculinas donde las mujeres nunca fueron iguales que los hombres. Solo echemos un vistazo a la composición del grupo de fundadores que el autor presenta. Siete son los primeros hombres que fundaron el Círculo de Rosetti, a ellos se integraron otros ocho nuevos integrantes y solo tres fueron mujeres. Es decir, de los quince solamente tres son mujeres, pero esas mujeres eran las esposas y hermanas de algunos de sus miembros.

Aunque el movimiento prerrafaelista es un importante movimiento de resistencia estética las mujeres fueron para ellos a lo sumo objetos de placer y objetos que rehacer. Ellas eran, como recuerda el autor, “brujas, magas, amantes y prostitutas”. Jamás fueron mujeres empoderadas ni creadoras reconocidas. Las mujeres para los prerrafaelistas fueron objeto de belleza, contemplación y supuesta adoración, pero nunca sus pares intelectuales ni creadoras de arte.

Rodrigo Quesada en su estudio hace un valioso aporte a la historia feminista al traducir algunos de los escritos de Emma Goldman. Él rescata el pensamiento y quehacer político de esta anarquista y pensadora que no compartió la lucha de las sufragistas, pero que tuvo absoluta claridad sobre el derecho de las mujeres al control y disfrute de sus cuerpos y sexualidad. Ella escribió sobre el matrimonio, los niños y el aborto.

Emma Goldman, como ninguna otra feminista, defendió el derecho de las mujeres al aborto en momentos en que ni las más radicales feministas de Europa y Esta-

dos Unidos se atrevían a hacerlo. Ella escribió sobre la “mujer nueva”, pensó en que las mujeres pudiesen tomar sus propias decisiones, inclusive respecto a la maternidad. Es ella quien acuña el concepto de los “tiranos externos” refiriéndose a las dobles jornadas de las mujeres que incursionan en el mundo del trabajo fuera del hogar.

Es Emma Goldman quien habla del amor libre, consigna retomada por las feministas de los años sesenta. Para ella, “el amor libre debía ser libre amor”, una emoción y un sentimiento capaces de derribar todos los obstáculos; así amó ella a Sasha Berkman, con un amor que trascendió la pasión de lo sexual.

Rodrigo Quesada nos acerca al pensamiento de Emma Goldman sobre el amor, la solidaridad y la búsqueda de la “mujer nueva”. Esa “nueva mujer” a la que todas aspiramos y que pocas han logrado.

Rodrigo Quesada, con su exquisito libro, nos da la certeza de que estamos ante un “hombre nuevo”, no el que prodigó tan falsamente el marxismo de los sesenta y setenta sino un hombre que se ha ido forjando con los insumos más importantes, el amor, la paternidad amorosa, la inteligencia, la responsabilidad académica, la sabiduría del intelectual honesto, y el compromiso con una nueva forma de hacer historia que incluye a las mujeres.

¡Gracias, amigo, por escribir la historia con rostro de mujer!